

Hay que romper el bolero de Ravel

JORGE DE ESTEBAN

No hace mucho tiempo, Gabriel García Márquez, el flamante premio Nobel, narra en estas páginas una historia que le habían contado en Barcelona y que dentro de mis limitaciones de narrador podría resumir así:

"Una tarde de lluvias torrenciales, María, una joven casada de veinticinco años, viajaba por una carretera de poco tránsito cuando se le estropeó el coche. Al cabo de una hora de señales inútiles a los vehículos que pasaban, logró que el conductor de un autobús se compadeciese de ella. No iba muy lejos, pero a María le bastaba con encontrar un sitio donde hubiera un teléfono para pedirle a su marido que fuese a recogerla. Nunca se le habría ocurrido que en aquel autobús, ocupado en su totalidad por un grupo de mujeres atónitas, había empezado para ella un drama absurdo y surrealista que le cambió la vida para siempre.

Al anochecer, el autobús entró en un patio de un enorme y sombrío edificio situado en un descampado. La mujer que mandaba a las demás las hizo descender con órdenes un poco infantiles, es decir, como si se tratara de niños, aunque todas eran mayores. María fue la última que descendió. La encargada del grupo se lo encomendó a otras personas que salieron a recibirlo y se fue sin más en el vehículo. Hasta ese momento María no se dio cuenta de que aquellas mujeres eran 32 locas pacíficas que se iban a internar en un manicomio.

Dentro ya del edificio, María se separó del grupo y preguntó a una empleada dónde había un teléfono. Una de las enfermeras que conducía a las pacientes le decía de un modo muy dulce: "Por aquí, linda, por aquí hay un

teléfono". María siguió, junto con las otras mujeres, por un corredor tenebroso, y al final entró en un dormitorio colectivo donde las enfermeras empezaron a repartir camas. A María le asignaron también la suya. Un poco nerviosa ya con el equívoco, explicó que su coche se había estropeado en la carretera y que lo único que quería era un teléfono para prevenir a su esposo. La enfermera fingió escucharla con atención y le dijo que se metiera en la cama y que al día siguiente podría llamar.

Comprendiendo de pronto que estaba a punto de caer en una trampa mortal, María escapó corriendo del dormitorio. Pero antes de llegar a la puerta, un guardián corpulento le dio alcance, le aplicó una llave maestra, y otros dos le ayudaron a ponerla una camisa de fuerza. Después, como no dejaba de gritar, le inyectaron un somnífero. Al día siguiente, como persistía en su actitud insensata, la trasladaron al pabellón de los locos furiosos y la sometieron hasta el agotamiento con una manguera de agua helada a alta presión.

El marido de María, preocupado por su tardanza, denunció su desaparición. El automóvil de María fue encontrado abandonado y desmantelado por los ladrones. Al cabo de dos semanas, la policía declaró cerrado el caso y se tuvo por buena la explicación de que María, desilusionada por su breve experiencia matrimonial, se había fugado con otro. María tardó en adaptarse a la vida del manicomio, pero su ca-

rácter rebelde se fue doblegando paulatinamente. Aunque se negaba a participar en los juegos de las restantes enfermas, ya nadie la forzaba. Al fin y al cabo, decían los médicos, así empezaban todas, y tarde o temprano terminaban por incorporarse a la vida de la comunidad".

Hasta aquí, pues, este espeluznante relato de García Márquez, que, a modo de parábola, pienso puede servir para reflexionar sobre los acontecimientos que desde el 23 de febrero de 1981 se vienen sucediendo en nuestro país. España, después de una historia frustrante en sus casi dos siglos de constitucionalismo, había logrado, a través de una transición pacífica y ejemplar, darse una Constitución que por vez primera en su historia era aceptada por todos los partidos políticos y por la inmensa mayoría del pueblo español. La democracia, a diferencia de lo que ha sucedido en otras épocas de nuestra historia, no sólo es posible, sino que sociológicamente, económicamente, políticamente, internamente y éticamente es absolutamente necesaria para consolidarnos como nación. Podemos y debemos ser uno de los países que cuenten en el mundo, rectificando así nuestros pasados errores y desdichas.

Sin embargo, como en el relato de García Márquez, un equívoco esperpéntico, dirigido por una infima minoría de españoles irresignables que no desean la democracia ni aceptan la Constitución, ha decidido llevarnos, de forma fatalista, sirviéndose de

médicos y enfermeros, a un precipicio mediante el secuestro de la democracia y la aplicación consiguiente de una camisa de fuerza. En definitiva, se trataría de volver nuevamente al túnel de nuestra historia reciente, como si ésta consistiera en un inmenso bolero de Ravel, que destila una y otra vez la misma melodía sin solución de continuidad.

Pero, evidentemente, a diferencia de la María del relato, nuestra democracia tiene en principio mayores defensas, siempre que se quieran aplicar. En efecto, la enérgica actitud de nuestros tres poderes del Estado podría haber cortado el nudo gordiano que nos alejara definitivamente de semejante pesadilla. Desgraciadamente no parece haber sido así hasta este momento. Un Gobierno timorato, con la honrosa excepción del Ministerio del Interior, que ha venido practicando en este sentido una política de *silla de tijera*. Un Parlamento eficaz en muchas cosas, pero obnubilado en otras decisiones, que no ha sabido adoptar leyes que hubieran podido despejar los nubarrones que ya se ciernen, y resolver los casos *insólitos* que hoy se presentan en vísperas del próximo proceso electoral.

Un poder judicial, originario del régimen anterior en su mayoría, que, aun conducido hoy por un organismo democrático y competente, todavía sigue dictando alguna sentencia peregrina, y reciente, que parece más bien fruto de burócratas del Derecho celosos de aplicar regla-

mentos dudosamente constitucionales que de auténticos juristas obligados a aplicar la Constitución y las normas que descansan en ella con una interpretación democrática.

Pero no quiero ser pesimista y pienso que *hoy es aun todavía*. De lo que se trata, en definitiva, es de dar la batalla urgentemente para evitar caer nuevamente en la rutina reaccionaria de nuestro pasado inmediato. Para ello es posible, por el momento, ejercer enérgicamente las palancas de poder que el Gobierno, aun siendo en funciones, posee plenamente, a fin de buscar los resquicios legales que eviten el desastre y el hazmerreir internacional a que nos conduce la dialéctica kafkiana protagonizada por unos pocos en perjuicio de 37 millones de españoles.

Pero no basta tampoco con esta esperanza. Pienso que no conviene olvidar igualmente que la esencia de la democracia consiste en luchar todos los días por ella, en rechazar a todos aquellos que la amenacen seriamente y, por último, en forzar con vigor a los poderes del Estado para que la defiendan y fortalezcan. Así no me parece hoy tan utópica la declaración que contenía uno de los artículos de la primera Constitución francesa, de 1791, cuando señalaba que la Asamblea Constituyente depositaba la defensa última de la Constitución en la fidelidad del cuerpo legislativo, del rey y de los jueces, en la vigilancia de los padres de familia, de las esposas y de las madres, en la afección de los jóvenes y, en definitiva, en el coraje de todos los ciudadanos.

Jorge de Esteban es catedrático de Derecho Político de la Universidad Complutense.

Sobre la 'mayoría natural'

GREGORIO PECES-BARBA

La fórmula *mayoría natural* para expresar un acuerdo del centro y de la derecha, cerrando filas contra una posible mayoría socialista en las próximas elecciones, suscita, desde que se planteó, mi interés intelectual. No se trata de una curiosidad inmediatamente política, como la que ha conducido a su rechazo por la UCD de Landelino Lavilla, aunque, naturalmente, si es indirecta o mediatamente política. La concreción de esa curiosidad, en una reflexión sobre el concepto *mayoría*

natural, sugiere consideraciones con influencia en la política, pero que trascienden al coyunturalismo de unas elecciones y de una lucha por el poder, para insertarse en problemas más generales de la mentalidad conservadora de la derecha española impresionables para explicar muchos

acontecimientos de nuestra historia enraizados en su protagonismo.

La primera reflexión constata que esa derecha que utiliza el término abandona posiciones autoritarias para aceptar el juego democrático de las mayorías y las minorías. No rechaza el sufragio

universal. Los que lo rechazan, dirá agudamente Keisen, son los que nunca pueden ganar unas elecciones por ese sistema. Aceptan las reglas del juego y la reversibilidad del poder. Me parece que la valoración debe ser positiva. Es indudable que la Alianza Popular de Manuel Fra-

ga ha contribuido a la consolidación y a la estabilidad de la democracia española atrayendo a su seno a sectores conservadores que antes no pensaban así, quizá porque su mentalidad no había sido, hasta entonces, manchada por el pensamiento. El tiempo dirá si esa inserción es duradera y sincera en algunos sectores que abandonan la ultraderecha, quizá por el voto útil.

Por otra parte, que cualquier opción política pretenda alcan-

Pasa a la página 10

Cartas al director

La bomba de las once

Puntual, fiel y perseverante, virtudes poco frecuentes en nuestros lares, aparece en el edificio de los juzgados de la plaza de Castilla, allí donde la capital de la nación empieza a ser provincia, en la frontera del tomillo y la polución, nuestra amiga la *bomba de las once*, evidencia irrefutable de la inoperancia de un Estado que se rinde inerte a la leve amenaza de la presentida aparición de nuestra ya casi entrañable compañera.

¿De dónde viene esta desconocida dama? ¿Quién la invoca? ¿Es en realidad una aparición o una realidad tangible y concreta?

¿Hasta cuándo el Estado Hamlet de la indecisión políti-

ca— tolerará su presencia? ¿Cuándo tomará las armas contra ese arsenal de amenazas y, haciéndolas frente, acabará con ellas? ¿Es que acaso la democracia debe soportar las afrentas y congojas, las insolencias del poder y nunca va a decidirse a superar su propia conciencia de debilidad y resolver con eficacia las vejaciones que su paciente mérito recibe de sus indignos enemigos?

Que me perdone la memoria de don William, pero no acierto a encontrar palabras propias para expresar mi indignación ante la afrenta del soberbio poder, los desdenes de la autoridad que la alentada presencia de la bomba (*The eleven bomb o'clock*) origina en los intereses de nuestra ya violentada justicia, la acumulación de tardanzas en tantas y tantas causas que esperan anhelantes una solución al menos equitativa, ya que jamás pudieron alentar la esperanza de que además de equitativa fuese puntual. Lo más triste de todo es que los cacheos, las prevenciones y cautelas policiales sobre abogados y comparecientes poca utilidad práctica parecen te-

Pasa a la página 10

